



Vol. 3, N° 2. Año 1999

LOS YANOMAMIS ANTE SU DESTINO

Lizot, Jacques (1)

Antes de abordar el tema central de mi exposición, quisiera abrir un paréntesis. Hablar del destino de los yanomamis, es hablar también del destino de todos los indígenas que viven en el escudo guayanés y en la cuenca amazónica, es evocar la lenta e ineluctable degradación cultural de estos pueblos, su declinación demográfica, su posible desaparición. Lo que voy a decir puede igualmente aplicarse a los pobladores amerindios de la Guayana Francesa; su situación no es muy distinta. En un momento político venezolana; al respecto, asumiré la perspectiva medida del científico, y no la que fui huésped de Venezuela durante casi veinticinco años y que jamás me sentí extranjero, que las relaciones humanas todavía poseen, en América Latina, un vigor y una calidad que nosotros, en Francia y en Europa, hemos perdido. La segunda, para precisar que a pesar de las insuficiencias de la política indigenista venezolana, la Constitución de este país reconoce la pluralidad de culturas y de lenguas; los alfabetos que sirven para transcribir las lenguas indígenas, establecidos por especialistas, han sido reconocidos y adoptados por decreto presidencial; la educación intercultural ha sido oficializada. Los textos legales no siempre son respetados, pero esta educación existe en el Alto Orinoco, y de ella hablaremos. Si bien las leyes no siempre se aplican, al menos existen; en Venezuela, un marco legal permite, en ciertas circunstancias, proteger y defender a los indígenas. Francia, en estos aspectos, tiene una política retrógrada. No firmó la convención europea sobre la protección de las minorías culturales y la enseñanza de las lenguas minoritarias. Sólo el francés se les enseña a los amerindios de nuestra Guayana. El tratamiento que damos a los árabes y a los negros no es mejor – y tal vez es peor – que el que Venezuela da a sus indígenas. No podemos por lo tanto darle clases a nadie. Los Estados, las ideologías, los partidos políticos, los fundamentalismos (religiosos u otros) se encuentran en el origen de nuestra intolerancia y de nuestro racismo. Para vivir en paz con nosotros mismos y con los demás, nos falta una cultura de respeto del otro. He aquí lo que yo quería decir ante todo. Habiéndolo dicho, voy a dividir mi exposición en dos partes. En la primera, hablaré de la civilización (empleo esta palabra ex profeso, un poco por provocación) tradicional de los yanomamis; en la segunda, describiré y analizaré su situación actual y la forma en la cual ha tenido lugar su evolución. Evocaré estas dos cuestiones siguiendo su lógica, pero sin poder entrar en detalles. Pero se trata de comprender, no de acumular informaciones etnográficas o sociológicas. Para describir la cultura tradicional de los indígenas seguiré una línea ascendente que irá desde lo concreto a lo abstracto, de la cultura material a la vida intelectual, pasando por la organización social.

La cultura material de los yanomamis es a la vez simple y eficaz. Las materias primas provienen de la selva, y algunas, como el algodón, son cultivadas. Normalmente cada productor debe saber fabricar todos los objetos de los cuales tiene necesidad. Esta simplicidad no es producto de ninguna indigencia intelectual, sino que responde a la escogencia de un modo de vida. Los europeos nos equivocamos cuando juzgamos una civilización por sus proezas tecnológicas; en el campo en el que más éxito hemos tenido, y nos olvidamos deliberadamente lo que nos ha costado en lágrimas y en sangre. En el siglo

XXI nuestros niños trabajaban doce horas diarias en las fábricas por un salario miserable; hemos llevado a otros continentes, por medio de la colonización, una explotación feroz; hoy todavía saqueamos las materias primas de los países llamados del «tercer mundo», y nuestro confort material es una ilusión que descansa en la explotación de otros, y que se paga a menudo con nuestra indigencia intelectual y con una pobreza sin precedentes en la historia de las relaciones familiares y sociales. Nuestros intelectuales y nuestros sabios son especialistas que a menudo no conocen bien sino su especialidad; el dominio de un investigador es cada vez más estrecho, y muy pocos poseen una visión global del mundo en el que viven y son capaces de formular ideas generales al respecto. Si en lugar de privilegiar la técnica, hubiésemos elegidos otros criterios para juzgar a otros pueblos – por ejemplo, la calidad de las relaciones interpersonales o la riqueza de las concepciones intelectuales – no tendríamos ya la certeza de ser superiores a los demás. Cada modelo de vida, cada visión del mundo, posee una lógica y unos valores que les son propios. Los hombres son iguales en inteligencia y ninguna cultura es superior a otra. En esta materia todo es relativo. A causa de su rechazo al trabajo, los indígenas limitaron sus necesidades a lo esencial. Agricultores, cazadores, recolectores, los yanomamis tuvieron siempre una alimentación equilibrada y variada. Tres horas de trabajo cotidiano les son suficientes para comer correctamente, alojarse, calentarse, cocinar y fabricar los objetos indispensables para su vida material; tres productos se dan abasto para alimentar a cinco consumidores y el costo energético de las actividades es muy bajo. Estamos lejos por lo tanto de la imagen fantasiosa y racista del salvaje hambriento, agobiado por la búsqueda de su alimento. El trabajo no es un valor moral y termina tan pronto como las necesidades vitales están satisfechas; no se producen ningún excedente, salvo casos excepcionales, en ocasión de ciertas ceremonias o festividades. Dado que no existe jerarquía social, todo el mundo siente las mismas necesidades, que cada uno puede satisfacer por sus propios medios, no hay ni pobres ni ricos, ni dominantes ni dominados. Esta sociedad es fundamental igualitaria. Yo no soy de los que pretenden idealizar este modo de vida; quiero simplemente re-equilibrar la opinión que tenemos sobre esta gente. Toda escogencia cultural tiene su lado bueno y su lado malo. Ser tolerantes implica que aceptemos estas diferencias, que forman parte de la riqueza global de la humanidad, y que muestra la ingeniosidad para resolver en todas partes los mismos problemas vitales: comer, vivir en sociedad, reproducirse.

Al trabajo y a la riqueza, los indígenas prefieren el juego social en todas sus formas, y sólo la imposición de restricciones a nivel de la vida material permite hacer realidad esta exigencia. La vida social, política y ritual está dominada por la obligación del intercambio y de la reciprocidad. Las transacciones comerciales entre las personas y las comunidades, la comunicación verbal, las ceremonias, las fiestas, los servicios mutuos y recíprocos, constituyen el fundamento de la vida social y política. Para vivir en paz es necesario intercambiar, y las modalidades de intercambio son múltiples y, en ocasiones, inconcebibles para nuestra mentalidad. En efecto, los elementos constitutivos del intercambio no son sólo bienes materiales, se pueden intercambiar palabras, mujeres en el marco de las alianzas matrimoniales, símbolos en el curso de rituales, golpes y cadáveres durante las confrontaciones y las guerras. En el ámbito de la comunidad, es preciso repartir el alimento, sobre todo la carne. Comer solo lo que se posee es un acto inmoral. Los cazadores no pueden comer la presa que han matado, por temor a perder la puntería, debiendo ofrecerla íntegra. Las sociedades amerindias son a la vez democráticas e individualistas. Los jefes poseen más que una autoridad moral y no detentan el privilegio de la violencia; cada hombre es un guerrero que defiende por sí mismo su honor, y la

obediencia es percibida como un rebajarse de quien obedece ante quien ordena: es preciso tener miedo para someterse, dicen los yanomamis. Los jefes indígenas tienen más obligaciones que derechos, son sobre todo orientadores y guías del comportamiento. Por medio de la palabra y dando el ejemplo, ellos tratan de inducir a los demás para que realicen en el momento adecuado las actividades indispensables: abrir nuevos conucos en la selva para plantar y sembrar, cumplir con ciertos rituales. Estos jefes sin poder dan también consejo moral a los jóvenes. Son por lo general personas inteligentes y valientes, son buenos cazadores, trabajan más que los otros y conocen mejor el medio ambiente y sus recursos.

La comunidad, el poblado por así decirlo, constituye un conjunto políticamente independiente, soberano en todo. Este conjunto, sin embargo, no está aislado; mantiene relaciones de parentesco con las comunidades vecinas, y muy a menudo, una historia común. Cada grupo local teje, por medio del intercambio, una red de reciprocidad con sus vecinos. Ello no obstante, al tiempo que constituye una unidad política fundamental, este conjunto se encuentra dividido, socavado por antagonismo que pueden hacerlo estallar, formado por individuos que tienen intereses y objetivos particulares, el cemento político es a veces demasiado débil para mantener la cohesión de los grupos sociales. Es un consejo informal de ancianos quien toma las decisiones de interés común; nadie, sin embargo, está obligado a acatarlo, y las disidencias no son raras.

Los niños gozan de una gran libertad, y los indígenas sienten adoración por ellos, al punto de que jamás los castigan. No hay escuela, muy poco aprendizaje, la socialización no exige más que una disciplina muy laxa. La reprobación colectiva y la burla son las únicas sanciones que existen para los niños pequeños, y si cometen una gran tontería – como robar de un jardín o golpear a otro niño – están seguros de ser defendidos por sus padres o por un hermano mayor. Cada quien protege su prole, y numerosas disputas entre adultos tienen origen en la indisciplina de los niños. La socialización, en este contexto, promueve una conciencia individualista. A medida que los niños crecen, sus juegos, sus comportamientos, sus actividades, están determinadas en función del sexo y de la división social del trabajo. Esta división es una necesidad de la economía doméstica. Cada familia debe dominar el conjunto de las técnicas que aseguran su autonomía en el seno de la comunidad. Durante sus juegos, los jóvenes imitan y asimilan las actividades del sexo que les corresponde, y como resultado de una serie de éxitos y fracasos, adquieren poco a poco la habilidad necesaria y los conocimientos útiles para su existencia. Si las experiencias son individuales, la observación de los demás tiene mucha importancia, y cualquiera puede pedir consejo a los mayores. La única educación sistemática que reciben los muchachos, y en menor medida las muchachas, es la de soportar el dolor y devolver inmediatamente y obligatoriamente los golpes recibidos. Ciertos juegos violentos cumplen con esta función. Los muchachos, por ejemplo, se enfrentan con flechas a las que les han quitado las puntas; se queman ramitas sobre la piel de los brazos y deben soportar el dolor. Es la educación de un pueblo guerrero.

Los yanomamis no invocan a un solo Dios, pero tienen una religión, rituales, una mitología, una cosmología y una escatología; creen en la vida del alma más allá de la muerte y en una multitud de seres sobrenaturales, buenos o malos, y han elaborado una teoría sobre las enfermedades y la muerte. Sus rituales constituyen sabias construcciones simbólicas. En ciertas circunstancias, sus discursos y su retórica pueden alcanzar las cimas del arte literario, y es en estos ámbitos donde ellos han desplegado su inteligencia, no en la técnica y en la productividad que ellos desprecian.

Los shamanes son los únicos especialistas en esta sociedad. Son a la vez curanderos, brujos y adivinos; son los amos del mundo sobrenatural, con el que entran en contacto luego de haber ingerido alucinógenos. Los grandes shamanes son personajes extraordinarios, a veces aterradoras, siempre fascinantes. Esta sociedad no es idílica; tampoco lo es la nuestra. Como toda sociedad humana, está marcada por la violencia y por la guerra: como todos los hombres, los indígenas son a la vez crueles y tiernos, buenos y malos, aman y odian.

En esta primera parte he presentado a grandes rasgos la lógica general de la cultura de los yanomamis, de su civilización por así decirlo. Este marco de referencia es deliberadamente flexible, pudiendo aplicarse tal cual a la mayoría de los pueblos amerindios que pueblan el escudo guayanés y la cuenca amazónica. Sin embargo no se debe creer que estos pueblos son todos absolutamente idénticos. Difieren en primer lugar, por la lengua, así como por una infinidad de variaciones en torno al mismo esquema cultural. Cuando hablo de identidad, no hago más que evocar la lógica de organización general subyacente. La estructura según la cual se organiza una sociedad es fruto del análisis, no es algo inmediatamente visible; lo que es directamente perceptible puede presentarse bajo un millar de aspectos diferentes. Antes de pasar a la segunda vertiente de mi exposición, que tratará de la evolución cultural de esta sociedad y de su posible futuro, por lo tanto de su destino, considero conveniente presentar brevemente el medio geográfico y el contexto en el cual actúan las fuerzas que están destruyendo a este pueblo.

El medio físico en el que viven los yanomamis es bastante homogéneo. Es preciso recordar ante todo que la naciente del Orinoco y el curso superior de este río se encuentran en las zonas pobladas por los yanomamis. A doscientos kilómetros de su naciente, el Orinoco es ya tan ancho como el Sena en París, pero sus variaciones de nivel son muy importantes, entre la estación de las lluvias y la estación seca; en ciertas épocas del año, durante la estación seca, puede ser vadeado, no atravesado a nado. El río está lleno de bancos de arena, de rocas y de raudales. La selva ecuatorial húmeda (llamada *rain forest* por los angloparlantes) es el medio natural de estos indígenas. Existen también pequeñas zonas de sabanas en Alto Ventuari – un afluente importante del Orinoco - y la Sierra de Parima, en la frontera entre Venezuela y el Brasil. Estas regiones de sabana están poco pobladas porque hacen falta árboles para cultivar el suelo: los árboles se cortan y se queman, y sus cenizas contribuyen a fertilizar el suelo. Originalmente, los yanomamis no son navegantes, son gentes de tierra firme. Alrededor de los años 1950, la población aumentaba a un ritmo de 1,5 por ciento anual, es decir que se duplicaba en unos treinta años. Los yanomamis se encontraban por ese entonces en crecimiento demográfico, e igualmente en expansión territorial. Es más o menos de esta época que datan los primeros contactos realizados por intermedio de una secta evangélica, y algo más tarde, por las misiones católicas salesianas. Es a partir de esta fecha que comenzaría para los yanomamis una progresiva declinación cultural y demográfica, sobre la cual vamos a detenernos un poco, abordando así la segunda vertiente de nuestra exposición.

Es que la civilización, cuyo funcionamiento acabo de describir a grandes rasgos, se halla actualmente en plena desintegración. Ciertas comunidades, las más aisladas, cada vez menos numerosas, viven todavía en esta forma; son grupos humanos aislados en la montaña y en regiones de difícil acceso, siendo preciso marchar varios días en la selva para llegar a ellas. Cuando yo llegué al Orinoco, a comienzos del año 1968, los yanomamis aún se encontraban en una situación precolombina, vivían todavía como si el mundo exterior no existiese. Era un pueblo a la vez duro, hermoso, tierno y fascinante. Para imaginar la

situación actual, es preciso distinguir dos polos opuestos y contrastados: de un lado, se ubican comunidades cada vez menos numerosas, que conservan todavía el modo de vida y tradiciones; del otro lado se encuentran comunidades cada vez más influenciadas por nuestro mundo, o si se quiere, por la sociedad global. Estas últimas imitan la manera de ser de los criollos y utilizan una lengua pervertida por los préstamos del español, en todo lugar, la situación sanitaria y demográfica es realmente catastrófica. Volveremos de inmediato sobre esta cuestión.

¿Cómo ocurrió la aculturación y cuáles son sus efectos?. Es preciso decir antes que el término «aculturación» es sin duda un triste eufemismo, dando que se trata, de hecho de una verdadera destrucción cultural. Los yanomamis están cabalgando entre Venezuela y el Brasil, y su situación no es para nada la misma en uno y otro país. Debido a una serie de motivos bastante complejos, Venezuela, hasta el momento, ha protegido mejor a los yanomamis que su poderoso vecino. Sin embargo, veremos que la situación general no es realmente buena en ninguna parte, por varias razones. En Venezuela, en el Alto Orinoco, se creó un Parque de Reserva de Biosfera, pero se ejercen presiones cada vez más fuertes para que se autorice el turismo y la explotación del oro. En el Brasil, la construcción de una carretera por los militares, por supuestas necesidades estratégicas, y la invasión del territorio yanomami por hordas de garimpeiros, provocaron una catástrofe demográfica, la difusión de enfermedades, violaciones, crímenes, inclusive masacres, que han quedado impunes. Las enfermedades, por supuesto, no se detienen en la frontera, y lo que pasa en el Brasil afecta a los indígenas de Venezuela, y este país reacciona en forma muy blanda a las presiones de su vecino. Los garimpeiros, al igual que las enfermedades, no respetan la frontera, y ésta, en plena selva, son difícilmente controlables. Los misioneros católicos y las sectas protestantes han sido la punta de lanza de la penetración de los blancos en estas regiones. A propósito de las misiones, voy a ser a la vez claro y conciso. Los misioneros católicos, que al principio fueron integradores, constructores de carreteras y a menudo racistas, en los años 1970 fueron reemplazados por jóvenes sacerdotes mucho más abiertos a menudo formados en antropología y lingüística. Son ellos quienes hacen funcionar las escuelas, poniendo a punto un alfabeto que sirve para transcribir el yanomami, y han escrito, con colaboradores nativos, manuales que sirven para que los indígenas lean obras en su lengua. La decisión del Estado venezolano de confiar a los misioneros salesianos la educación de los niños en estas regiones es la mejor posible. Los misioneros salesianos son dedicados y aseguran una protección real a los indígenas. El gran problema de la región está en la presencia de sectas fundamentalistas protestantes, que salvan las almas de los yanomamis bautizándolas por la fuerza. Estas sectas están bajo la dirección de pastores incultos, intolerantes, racistas y fascistas. Para mí está claro que la misión protestante del Río Padamo - un gran afluente del Orinoco - defiende los intereses norteamericanos y es probable que colabore con la C.I.A. Esta misión no duda en pagarles a los indígenas con motores fuera de borda y fusiles de caza para obtener falsas denuncias que les sirven para eliminar o para crearles dificultades a los católicos y a todos aquellos que le causen molestias en una u otra forma.

Contrariamente a la idea a veces expresada en Europa y en Francia, no es deseable, ni siquiera posible, aislar a los indígenas para protegerlos. Nuestro mundo avanza inexorablemente hacia ellos, que se encuentran diezmados por la enfermedad y que buscan el contacto. Vale más formarlos y atenderlos. Pero la frecuentación prolongada de una sociedad amerindia con nosotros produce siempre graves disfunciones. Los aborígenes pierden sus valores culturales sin adquirir los nuestros. He aquí una observación que se

basa en una constatación elemental: siempre y en todas partes las mismas causas han producido los mismo efectos, de ahí que la palabra «aculturación» es tan poco conveniente. Estamos asistiendo a una verdadera degradación cultural. Durante veinticinco años yo observé, impotente, este espectáculo sobrecogedor. En un proceso de transformación social, siempre se manifiestan líneas de fuerza que sustentan relaciones complejas. Los cataclismos por los que atraviesan actualmente numerosos países de América del Sur, la corrupción general del sistema político-administrativo, los abusos de la policía y del ejercito, la crisis económica persistente, la pobreza que se extiende, la ruina de los sistemas educativos y sanitarios, la complicidad de nuestros países, el imperialismo del F.M.I., todo esto tiene consecuencias funestas que se oponen a la integración de los indígenas y al mantenimiento de su integridad física. El territorio habitado por los yanomamis encierra oro, diamantes, uranio y otras riquezas. ¿Durante cuánto tiempo será posible impedir la explotación del subsuelo?. Dicha explotación ya comenzó en el Brasil. El peso demográfico y político de los indígenas es nulo; veinte mil hombres diseminados en la selva no cuentan para nada. ¿Qué lección de moral podemos darle a los sudamericanos cuando, por ejemplo, el embargo que le imponemos a Irak hace que mueran cada año, por falta de medicinas, miles de niños, sin que esto parezca afectar mucho al dictador?. He aquí, en pocas palabras, cuál es el peso de la realidad, el de las evidencias.

En este contexto global altamente desfavorable, víctima del racismo, de la intolerancia, de la manipulación de las sectas y de partidos políticos totalmente corrompidos, los indígenas pierden lo mejor de lo que poseen e imitan nuestros peores defectos. Para matizar en parte lo que acabo de decir, es preciso destacar que la evolución cultural depende mucho, como es lógico suponer, de la proximidad o del alejamiento de los yanomamis de los establecimientos permanentes de los «blancos» (empleo este término por pura comodidad). Las comunidades yanomamis pueden clasificarse, en forma algo arbitraria, en tres grupos distintos. En primer lugar, están las comunidades que viven cerca de estos centros permanentes; luego las que están un poco más alejadas, pero en todo caso localizadas a orillas de los cursos de aguas navegables; y finalmente, aquellas que se encuentran aisladas en el interior del territorio, en las llanuras o en las montañas. A nivel del cambio cultural, la relación entre la proximidad y la gravedad de los cambios culturales sufridos es directa, siendo los grupos aislados, por supuesto, los mejor preservados. Por otra parte, muy a menudo la situación democrática y sanitaria es también diferente en cada una de estas tres categorías que acabamos de definir. En la primera, gracias a la acción de los médicos venezolanos y de las religiosas salesianas, las personas reciben atención médica y, a pesar de una gran morbilidad, la población comienza a aumentar; la segunda categoría, la de los grupos semi-aislados, está compuesta por personas que ya han estado en contacto desde hace dos o tres décadas, siendo estos los grupos más afectados por la enfermedad, reciben poca atención médica, la población disminuye rápidamente, y han desaparecido comunidades enteras; hasta el momento actual - pero la situación empieza a cambiar, es la última categoría la que ha estado mejor protegida; sin embargo, a partir de la llegada de los garimpeiros brasileños, es por su intermedio que transitan las enfermedades. En términos generales, los yanomamis han perdido la mitad de su población en el curso de los últimos veinte años. El año pasado participé en una recolección de información demográfica en alrededor de cuarenta comunidades locales, es decir una muestra de aproximadamente mil quinientas personas; no pude menos que comprobar la declinación demográfica de los yanomamis. Habiendo vivido tanto tiempo entre ellos, tengo en mi poder datos demográficos longitudinales de numerosos grupos. En algunos de ellos ya casi no hay

niños, cuando los jóvenes menores de quince años representaban antes un tercio de la población. Las personas ancianas también han desaparecido. Una proporción importante de personas son viudos o viudas, o huérfanos.

El estado demográfico de la población refleja fielmente la situación sanitaria, que es un verdadero desastre. Hablemos de ella un instante, antes de abordar la cuestión de los cambios culturales. Esta situación puede caracterizarse por medio de algunas cifras. La epidemia de sarampión de la que fueron víctimas los yanomamis en 1976 provocó, por sí sola, 15 por ciento de muertes. El paludismo es endémico y resistente, al menos desde 1960, a la quinina y a la cloroquina. Se presenta bajo dos formas, el *vivax* y el *falciparum*, el segundo ataca los centros nerviosos y puede causar muertes fulminantes. Sólo los nuevos tratamientos son eficaces, pero por su precios son inalcanzables; basta pensar que una dosis de Halphan, para tratar un solo caso, cuesta 110 francos, vale decir cerca de 8.500 Bs., la oncocercosis, la famosa «ceguera de los ríos» es una afección tradicional. Las leptospirosis son más recientes y cada vez más frecuentes. En la actualidad, 85 por ciento de la población se encuentra infectada por la hepatitis A, 35 por ciento por la hepatitis B y 15 por ciento por la hepatitis C, lo que significa que un mismo sujeto puede estar infectado por más de un virus hepático a la vez. A esto hay que agregar las gripes periódicas a las cuales los indígenas son muy sensibles, la amenaza de la fiebre amarilla y de la nueva forma de tuberculosos (resistente a los antibióticos), la posibilidad muy seria de introducción del SIDA (violaciones y prostitución de mujeres en el Brasil como consecuencia de la presencia de los garimpeiros; en Venezuela hay jóvenes que frecuentan casas clandestinas de Puerto Ayacucho). De hecho, es una polipatología sumamente grave la que afecta a la mayoría de los indígenas. Las parasitosis intestinales, tolerables en un contexto tradicional, contribuyen a la desnutrición cuando se asocian con paludismo. Enfermos, los indígenas a veces ya no tienen fuerzas para atender sus necesidades alimentarias y los organismos desnutridos son más vulnerables a las enfermedades. Es difícil de encontrar una salida a esta espiral deletérea.

Es un contexto de declinación demográfica y de enfermedad que se produce el derrumbe cultural. Voy a evocar someramente dos tipos de cambios: aquellos que afectan la alimentación y la economía, y aquellos que destruyen la organización social y contribuyen a la indigencia de la vida intelectual. Se constata que las comunidades vecinas de nuestros establecimientos permanentes reducen sus movimientos en la selva, y que los jóvenes escolarizados conocen cada vez menos el medio natural del cual dependen para nutrirse y aprovisionarse de materias primas. Esta sedentarización trae consigo numerosos afectos perversos. Uno de ellos es la disminución, en la dieta, de productos silvestres; el otro es la creciente escasez de la caza y de tierras disponibles para la agricultura. Es sabido que los indígenas de la Amazonia practican el desbordamiento: una parcela de selva es cortada, quemada y cultivada y luego devuelta a la naturaleza después de cinco o seis años de utilización de la misma con fines agrícolas; este terreno no puede ser vuelto a utilizar en un lapso de quince años tras haber sido abandonado, sino una vez que el suelo haya recuperado su fertilidad. Cuando los grupos se fijan en un mismo sitio, no se respeta este lapso, y las tierras propicias para la agricultura se toman cada vez más escasas y menos fértiles.

Los indígenas dependen por consiguiente de los alimentos comprados a los comerciantes o de la cooperativa montada por los misioneros católicos. Es preciso entonces trabajar para ganar el dinero necesario, y así tiene lugar la introducción del trabajo asalariado y de la economía monetaria. Para satisfacer necesidades que no conocían anteriormente (alimentos, herramientas, vestidos) los yanomamis pierden su independencia,

y a veces su dignidad. Se observa cada vez más a menudo un cambio de estructura de la vivienda tradicional, que es reemplazada por casas rectangulares, con techos a dos aguas recubiertos de palmas o de zinc, con dos secuencias, una beneficiosa, la otra nefasta: una mejor protección contra los insectos hematófagos y una reducción, cuando no una destrucción del espacio social, simbólico y ritual. Ciertos jóvenes egresados de las escuelas tienen acceso a empleos permanentes (maestros de escuela, auxiliares de enfermería, motoristas, guías o delatores que trabajan para los políticos locales o para las sectas, etc.). Esta posición le permite a estos jóvenes desempeñar un papel político cada vez más importante en el seno de su comunidad y ante sus vecinos. Logran esto transgrediendo la regla de la reciprocidad, y formándose una clientela, sustrayéndose así a la autoridad moral de los ancianos. Otros jóvenes, también formados en las escuelas, empiezan a participar en el sistema político global, integrándose en las asociaciones indígenas; son entonces manipulados y comprados por los partidos políticos, algunos caen en manos de sectas, otros sirven de espías y venden informaciones (reales o inventadas). Estos jóvenes buscan una solución individual a la crisis colectiva que estremece su sociedad.

Durante este tiempo, los lazos de solidaridad se relajan, y asistimos a una atomización creciente de la sociedad y a una monetarización de los intercambios, que suprime las antiguas relaciones sociales fundadas en la solidaridad y los intercambios recíprocos. El intercambio tradicional instauro un vínculo social entre el que da y el que recibe; este vínculo, para perdurar, debe ser mantenido, y la multiplicidad de los intercambios entre individuos y entre sub-grupos sociales constituye el entramado de las relaciones políticas. El uso de la moneda anula esta relación: siempre es posible no deber nada a quien se le ha pagado con dinero. En el ámbito de la vida religiosa es necesario destacar el hecho de que cada vez son menos los jóvenes que son iniciados, por los shamanes, que saben participar en los diálogos ceremoniales, que conocen la mitología, las creencias, las concepciones cosmogónicas. Para ellos, el universo pierde su coherencia y su significación. La vida intelectual se retrae, la lengua se empobrece. En fin, los líderes, cuya autoridad habíamos dicho que era esencialmente de naturaleza moral y sustentada en cualidades personales, se ven reemplazados por los jóvenes que obtienen su influencia a partir de la ganancia de dinero pero que no poseen ya las virtudes antes exigidas para ser jefes.

Este no es el panorama completo, pero creo que permite comprender la realidad. Describe esta realidad y la explica poniendo en relación las causas y los efectos en su interdependencia; no es fruto de mi imaginación, ni de mi pesimismo. Algunos de los rasgos que hemos definido podrían ser positivos y desembocar en una aculturación bien equilibrada en circunstancias más favorables; otros son radicalmente negativos, se contraponen a los primeros, y provocarán en un futuro cercano, una desintegración social generalizada. Lo que quedará entonces de los yanomamis será un grupo humano sin arraigo; desculturizado, asistido, totalmente dependiente del Estado o de otras instituciones para su supervivencia. El soberbio Orinoco evocado por Julio Verne corre el riesgo inminente de transformarse en un campo de ruinas: algunos grupos humanos se encuentran, otras están en vías de desaparición: la propia selva está sentenciada.

Traducción del original en francés: Carlos Sánchez Septiembre de 1998.

Centro Amazónico de Investigación y Control de Enfermedades Tropicales “Simón Bolívar” C.a.i.c.e.t. Puerto Ayacucho – Estado – Amazonas

Fecha de recibido: Enero 1999 - **Fecha de aprobación:** Junio 1999